

La bolsa nace en una hospedería flamenca

M. Fátima de la Fuente del Moral

Doctora en Economía; catedrática visitante de la Toulouse Business School (París)

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 72
Fecha	Madrid, octubre de 2018
Páginas originales	29-33
Tipo documental	Artículo de historia económica
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-72-2018-029-033

RESUMEN DOCUMENTAL

Recorrido por el origen medieval de las bolsas de valores y por el papel de los mercaderes en la transformación de la economía europea. La autora describe la expansión comercial entre los siglos XI y XIII, las ferias, los riesgos del transporte y la aparición de préstamos, seguros y letras de cambio. El análisis se centra en las ciudades flamencas y en las hospederías donde se reunían los comerciantes, especialmente la vinculada a la familia Van der Beurse en Brujas. De estos encuentros surgieron prácticas e instituciones precursoras de los mercados bursátiles modernos.

PALABRAS CLAVE

bolsa de valores · Brujas · mercaderes · ferias medievales · Van der Beurse · historia económica

CITA BIBLIOGRÁFICA

M. Fátima de la Fuente del Moral. "La bolsa nace en una hospedería flamenca". Torre de los Lujanes, n.º 72, 2018, pp. 29-33. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.

LA BOLSA NACE EN UNA HOSPEDERÍA FLAMENCA

M. Fátima de la Fuente del Moral
Doctora en Economía
Catedrática visitante de la Toulouse Business School (París)

En septiembre de 2007 quebró la firma estadounidense Lehman Brothers. Los mercados quedaron entonces conmocionados por algo que no esperaban y una gran parte de las Bolsas de todo el mundo se desplomó. Hoy día, estamos acostumbrados a ver imágenes de estos mercados de valores. En ellos, agentes que operan en nombre propio o en el de sus clientes compran y venden títulos, al mejor precio.

Pero ¿las Bolsas son inventos de nuestros días? Quizá para sorpresa de muchos, la respuesta es negativa. Es posible que aún llame más la atención saber que estos mercados ni siquiera fueron inventados por el sistema capitalista, si nos atenemos a la definición del mismo que nos ofrece Karl Marx. En realidad, las primeras Bolsas de Valores aparecieron en época medieval, cuando aún imperaba el feudalismo como modo de organización social y económica. Así, podemos decir que ya entonces encontrábamos un sistema precapitalista, dentro del cual actuaban los grandes mercaderes. Fueron precisamente ellos quienes, con sus acciones, prepararon a la sociedad para el advenimiento del capitalismo y a quienes, además, hallamos en el origen de las primeras Bolsas.

Merece la pena hacer una reflexión sobre el comercio de la época medieval, para analizar cuál fue la labor de estos mercaderes. Lo primero que nos gustaría señalar es que, entre los siglos XI y XIII, se dio una auténtica revolución comercial. A ella contribuyó el fin de las invasiones, que per-

mitió al continente europeo realizar intercambios pacíficos, tras siglos de enfrentamientos entre sus distintos pueblos. A partir de este momento, la economía floreció y las ciudades se desarrollaron. Los centros urbanos desempeñaron entonces una labor crucial, ejercida a través de sus barrios de las tiendas. En concreto, fueron las ciudades de los Países Bajos las que, mediante innovaciones comerciales, protagonizaron la aparición de las primeras Bolsas.

Para que comprendamos la razón de este emplazamiento geográfico tenemos que pensar que, en esa época, la actividad comercial europea se concentraba en dos grandes franjas: Alemania, por un lado, e Italia, por otro. Entre ambos dominios debía desarrollarse una zona de contacto que ayudara a que los intercambios comerciales de multiplicasen. Precisamente en esta área nos encontramos en los Países Bajos.

Pese a que las invasiones habían acabado, no era fácil para un comerciante desplazarse de un lugar a otro de Europa. Al contrario, al mercader le quedaban muchos obstáculos por vencer antes de llegar a la ciudad en la que pretendía comprar o vender sus mercancías. En las rutas terrestres el transporte era insuficiente. Además, había inseguridad y los bandidos acechaban de manera continua.

Con respecto al transporte marítimo, los riesgos eran mayores, ya que a los naufragios se unían los piratas, auténticos empresarios del robo en alta mar. Por estas razones surgieron las ferias, en las que los mercaderes podían hacerse con muestras de los productos que pretendían adquirir. Esto hacía posible comprar bajo pedido, evitando peligros y reduciendo costes, al no haber necesidad de desplazarse a la ciudad productora de los bienes.

Las ferias crecieron y, poco a poco, se convirtieron en puntos de encuentro de hombres de negocios que, con sus acciones, fueron contribuyendo a que la economía medieval europea se modernizase. Muy pronto aparecieron los préstamos, los seguros de entrega de mercancías y las letras de cambio. Surgió, además, la figura del notario, quien siempre acompaña al mercader para levantar acta de todas las acciones que llevase a cabo. Esta

labor auxiliar constituye, hoy día, una fuente muy rica de documentación para los historiadores.

Es en ese momento cuando un gran número de comerciantes, desplazados a las ciudades de los Países Bajos para conseguir intercambios ventajosos, tiene necesidad de hospedarse. Y es precisamente en esta necesidad de alojamiento donde tenemos que buscar el origen de las primeras Bolsas. En general, los habitantes que les ofrecían habitación se situaban en las plazas más céntricas. Era tal la importancia que adquirieron las ferias situadas en ciudades como Brujas que podemos decir que sus hombres de negocios se especializaron en suministrar este tipo de servicios. Aunque no sólo aportaron hospedaje. También ofrecieron sus almacenes y facilitaron las operaciones financieras, llegando, incluso, a representar a sus clientes si la situación lo requería.

Una de las familias más destacadas de Brujas a la hora de proporcionar este tipo de prestaciones se apellidaba *Van der Buerse*. Regentaban la posada *Ter Buerse*, cercana a la Gran Plaza y de la que contamos con registros de alojamiento que atestiguan su funcionamiento, ya en 1285. La familia *der Buerse* tuvo la suerte de que los cambistas, quienes desempeñaban una labor auxiliar muy importante para los mercaderes, decidieran situarse justo enfrente de ellos. Sus operaciones, que eran sobre todo el cambio de monedas y el comercio de metales preciosos, se realizaban en una mesa colocada al aire libre. Además, llegaron a aceptar depósitos, reinvirtiéndolos en préstamos, convirtiéndose así en algo parecido a los banqueros. Si llovía, buscaban cobijo en la propia posada de los *der Buerse*. A pesar de que los cambistas trabajaban en una plaza de acceso público, no estaba permitido que mendigos y vagabundos se acercaran a la misma mientras se estaban llevando a cabo los intercambios, para evitar que molestaran. Al fin y al cabo, los cambistas debían permanecer concentrados y tranquilos, ya que eran quienes determinaban los precios de las mercancías e influían, por tanto, de manera considerable en sus fluctuaciones.

Contar con información actualizada y de primera mano sobre las cotizaciones de las distintas monedas y de los metales preciosos era tan impor-

tante para los hombres de negocios que pronto se hizo necesaria una herramienta fiable de difusión de precios. Sabemos que en 1340 existía la *Guía Pegolotti*, un instrumento que comparaba los precios y tipos de cambio de Brujas, Italia y Londres. No obstante, era precisa una difusión más actualizada de los precios correspondientes a un espectro de bienes más amplio. Así llegaron a requerirlo los comerciantes que cada día se agolpaban en la plaza donde se emplazaban los *Van der Buerse*.

Muy pronto, esta familia se dio cuenta de que tenía enfrente una novedosa oportunidad de negocio. Un día, decidieron ocuparse ellos mismos de la publicación de las cotizaciones, a través de unos listados que colocarían en su hospedería. El primero que dejó escritas sus impresiones acerca de este negocio fue un viajero alemán, llamado Hieronymus Münze, y que, en 1495, recoge en su diario de viaje: “Hay una plaza, en Brujas, donde se encuentran los mercaderes. Se llama *de Beurs*. Españoles, italianos, ingleses, alemanes, orientales y personas de todas partes se citan en este lugar”.

Era muy fácil distinguir la casa de los *Van der Buerse*, ya que, entre otras cosas, lucía en su fachada el escudo de armas de la familia, en el que aparecían tres bolsas de piel, como las que se empleaban por entonces para llevar monedas. Su emplazamiento no podía ser mejor, dado que se encontraba pegada a la calle *Vlamingstraat*, repleta de tiendas y tabernas. Hoy día, aún es posible visitar lo que queda de una de estas últimas, si se accede al sótano del inmueble que ocupa su número veinte.

Brujas, en época medieval, era una ciudad bulliciosa donde era normal escuchar todo tipo de acentos. En ese ambiente, la importancia de las labores desempeñadas por los *Van der Buerse* fue en aumento, a medida que crecían tanto el número como el volumen de transacciones realizadas en su posada. Acababa de nacer la Bolsa en Europa. Esto es lo que hoy día se considera, pese a que fue el mercado de valores de Amberes el lugar donde se registraron las primeras operaciones y al que se estima como primera institución bursátil moderna.

La razón por la que la Bolsa se desarrolló, de manera sofisticada, en Amberes y no en Brujas tiene su origen en la decisión del emperador Maximi-

liano I de otorgar, en el siglo XV, una serie de privilegios comerciales en la primera de ellas. Así, en 1531, Dominicus van Wagemaker construye un edificio amplio y noble, donde los mercaderes podrían llevar a cabo sus contrataciones. Amberes era uno de los centros comerciales más importantes de la Europa del momento. La cantidad de mercancías traídas del extranjero, en multitud de navíos de gran capacidad y que llegaban a través del estuario del río Escalda, era asombrosa. Los contratos se cumplían y el orden se respetaba. En tal ambiente, la negociación de valores entre mercaderes, ejercida bajo las arcadas de su imponente sede, no hizo más que ir en aumento. Todos hacían negocio y las riquezas crecían en aquel floreciente centro económico y financiero.

Hasta que, en 1585, los españoles decidieron bloquear el comercio de la ciudad y someter a sus habitantes a un embargo. Es a partir de entonces cuando los hombres de negocios se trasladan a otras localidades, eligiendo Ámsterdam como nuevo centro bursátil. Allí, en 1602, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales permitió participar en sus negocios a quienes adquirieran ciertos títulos-valor. Había nacido la primera sociedad anónima de la historia.

Pese a ello, el apellido de los creadores de la primera Bolsa es el que le da nombre. Poco a poco se fue transformando por los distintos pueblos que lo pronunciaban, llegando a decirse de maneras tan distintas como *Bourse*, *Borsa*, *Bolsa* o *Börse*. Incluso los ingleses utilizaron el término *Burse* para referirse al mercado de valores, hasta que, en el siglo XVIII, lo sustituyeron por *Royal Exchange* o *Mercado de cambio real*. Hoy día, los *Van der Buerse*, aquella vieja familia de Brujas, sigue viva cada vez que, de manera consciente o inconsciente, pronunciamos su nombre, al referirnos a la Bolsa, cuyo precedente crearon.